

ala del sombrero, y sostenido por la gruesa toquilla (1).

La joven sintió una ligera inquietud al analizar aquel precioso ramo, y pareció meditar un instante.

¿Qué era lo que en él había leído?

¿Por qué aquella ligera inquietud y aquella meditacion?

Era que el ramo de caléndulas indicaba, en el lenguaje floral, "*las diez*," y la yerba anagalida, *cita*.

Clotilde comprendió que su amante de seaba tener con ella una entrevista á las diez de la noche, y luchaba entre el deseo de complacerle y el temor de que la sorprendiesen hablando con él.

De repente pareció tomar una resolucion; sus ojos brillaron con el fuego del intenso amor, los fijó en Leopoldo que la observaba con disimulo, y cerrando el precioso abanico con la mano derecha, dió con él dos golpecitos en la palma de la izquierda, con-

(1) Cordon de oro ó plata que descansa sobre las alas del sombrero.

testando de aquella suerte estas palabras: "*os espero á la hora que decís; no faltaré á la cita*."

Leopoldo, ébrio de satisfaccion y de amor, dió otra media vuelta á la plaza, procurando ocultar el placer que rebosaba en su pecho.

Desde que el arrogante joven se presentó en la plaza, los ojos de un hombre no se apartaron de él un solo instante.

Este hombre no era Duval, ni tampoco Willey.

Era un *ranchero* (1) de tez bronceada que ocupaba con otros varios un palco contiguo al de D. Emilio.

Las furtivas miradas de los amantes, la agitacion de ellos, sus menores movimientos, todo lo habia observado atentamente y sorprendido aquel hombre.

—¡Ay qué *giro* (2) es el *güerito* (3) Don Leopoldo:—Exclamó dirijiendo la palabra

(1) Ya hemos dicho que es una especie de aldeano.

(2) Vivo, listo.

(3) Rubio.

á una mujer campesina que estaba á su lado y que parecia ser su esposa.

—¿Por qué, Pablo?

—¿No has *devisado* nada, Juana?

—Nada.

—Ya veo que *de al tiro* te duermes.

—Pues tú, ¿qué has visto?

—Yo le he *comido el trigo* (1) al niño Leopoldo: ya sé *quen* es la *catrina* (2) que ha cautivado su *afeuto*.

—¿Quién?

—Esa que tiene el *túnico* (3) *punzon*.

—¿De veras?

—Les he estado *pelando el jalisco* *dende* que llegaron.

—¿Y qué bonita es!

—Se me *afigura* á Julin cuando se presentó á Orofermo para *chisparle* la cabeza.

—Judit querrás decir y Olofernes.

—Lo *mesmo* es Julit que Judin. Ya te pareces tú á mi antiguo amo D. Miguel que

(1) Ya le he sorprendido el secreto.

(2) Señorita.

(3) Vestido.

siempre me estaba *remendando* lo que yo decia.

—Y como sigue haciéndolo el niño de mi antigua ama Luisa, cada vez que viene al *ranchito* (1) que compramos con lo que nos dieron á los dos el dia en que te casaste conmigo.

—¿Dios se los pague! *Dende* entonces todo ha sido alegría para mí; y ya vé el niño D. Juanito que si no puedo *platicar* á lo *decente*, mis *aiciones* son de hombre de bien.

—¿Y no sabes cuándo vendrá de S. Luis, adonde fué á incorporarse al ejército de Santa-Anna para combatir á los yankees?

—¿Cómo *quieres* que yo lo sepa? El *militar* no hace mas que obedecer: la *táitica* y la ordenanza son su solo cuidado, y nunca sabe adonde va.

—No sé cómo le gusta esa carrera, cuando tiene dinero con que vivir regaladamente.

—¡Pobre niño Juanito! *Entovia* me recuerdo cuando le *chispé* del lado de Luisa, para que no se mostrose *polinaria* con mi

(1) Pequeña hacienda.

amo, que de *al tiro* se estaba *achihuisclando* por ella.

—¡No me hiciste pasar mal rato á mí que era la encargada de cuidarlo, y que cuando volví adonde le habia dejado entretenido, me encontré sin él!

—¡Cuántas veces me he arrepentido de aquella *aicion!*

—Entonces mi amo y el tuyo se aborrecian tanto cuanto hoy se aprecian.

—Como que D. Miguel ha *mercado* una hacienda cerca de la laguna de Chapala, que linda con la de D. Fernando, solo porque las dos familias viviesen como si formasen una sola. Pero mira qué ojos le *pela* el niño Leopoldo á la del túnico *punzon*.

—Como que es hechicera, y tiene un pié muy lindo.

—Pues si el pié es la *faicion* mas *perfecta* que tienen las mexicanas.

—Hombre, no digas disparates, ni vuelvas á llamar *faccion* al pié.

En aquel momento se abrió la puerta del toril dando salida á un toro que empezó á correr sin embestir á nadie.

—¡Cola, cola!

Gritó la multitud.

Y en el mismo instante Nuñez y Leopoldo partieron tras el toro, veloces como el viento, empeñado cada cual en agarrarle la cola para derribarle.

—¡Ah qué *euacos* (1) tan *livianos* (2):—exclamó Pablo.—Ni el del *Payaso* que tiene alas va mas ligero.

—Pegaso, hombre, no payaso:—le dijo Juana:—ya otras veces he oido que te han enmendado la palabra.

—Allá se van *Payaso* y *Pelaso*.

Leopoldo, entre tanto, habia conseguido su intento: tomó la cola en la mano, poniendo la punta de ella para arriba, sin que se enredase mas que seis dedos de rabo, ni se enredase ninguna cerda en los dedos; llevó el caballo separándolo cosa de una tercera de distancia del toro que continuaba su carrera; se sentó bien derecho en la silla, llevó inmediatamente la mano con que tenia afianzada la cola del toro al contralátigo.

(1) Caballos.

(2) Ligeros.

go, dejó un poco atrás al caballo, y alzando la pierna muy poco hácia adelante al momento de dispararlo, quedó naturalmente la cola debajo de la *arcion*, apretó la mano contra la pierna al dar el *pase*, inclinando un poco el cuerpo y apretándose en la silla, dirigió el caballo como á media vara de distancia de la cabeza de la fiera, y dando un fuerte, pero rápido tiron, el toro cayó dando una vuelta completa en el suelo sobre el lomo, quedando tendido del lado contrario del que se le estiró.

Un aplauso general resonó por todos los ámbitos de la plaza.

—La *entelige* el *catrin*:—dijo Pablo aplaudiendo con frenesí.—Ha sido una *caida rebonda*, que equivale á cuatro chicas.

Clotilde sintió una satisfaccion indecible al escuchar los elogios prodigados á su amante.

Don Emilio aplaudió tambien.

Duval y Willey se mordieron los labios.

La envidia y los zelos les devoraba.

El toro se levantó á poco, y empezó á correr de nuevo.

Todos los ginetes le siguieron disputándose la posesion de la cola.

Entonces tambien fué mas afortunado Leopoldo, que consiguió asirse de ella.

—¡Vaya un *cuaco giro* y *desengañado* (1)!— volvió á decir Pablo á los amigos campesinos que estaban con él.—Bien *haiga* quien le crió: ¡y qué lindo que se acomoda al toro!

—Y va á *coliar* le á *brinco*.—Le contestó uno de sus amigos.

—Es verdad. ¡Por Dios que es *sabijondo* el *güerito*: se conoce que es *pico largo* (2) en el asunto.

Leopoldo se habia propuesto colear á *brinco*, que es la suerte mas lucida que se conoce, porque se requiere para ella mucha ligereza y maestría.

Para verificarla se quitó las espuelas, y se sentó en el caballo como lo practican las señoras; esto es, cruzando la pierna izquierda sobre el pescuezo del alazan, aproximó éste á media vara del toro, tomó con la

(1) De esperiencia, bueno,

(2) Diestro.

mano derecha la cola de la fiera, como á una cuarta de su nacimiento, soltó el estribo en que descansaba el pié derecho, echando aquel hácia atras, y disparando el caballo para que pasase, afianzó la cola del toro con la mano izquierda, colocándola arriba de donde tenia ya la derecha, le dió un talonazo al corcel en la espaldilla para que se abriese con rapidez, y dejándose resbalar de él con las piernas abiertas, logró con el peso del cuerpo y la fuerza hecha con las dos manos para abajo, hacer perder el equilibrio al toro, derribándolo con facilidad, recibiendo nuevos bravos por su hazaña.

Entre tanto que Leopoldo se conservaba á poca distancia del toro, á pié firme, orgulloso de su triunfo, logrando trabar á la vencida fiera una corva con la cola, el caballo que estaba perfectamente enseñado, se acercó á él para que volviese á montar, lo que verificó el valiente jóven de un salto, en medio de los aplausos de la multitud.

—¡Vdlame Dios, y qué caso de tanto *entendimiento!*—exclamó Pablo.—Solo le falta

el alma para saber lo que un *cristiano*. Se parece en *toditito* á mi caballo tordillo que se me murió de pura *grandeza* (1).

—Es un excelente coleador.—Dijo Don Emilio en alta voz dirigiéndose á Duval, que se sentia humillado con los triunfos de su rival.—He visto buenos coleadores, pero ninguno que supere á Leopoldo.

Duval hizo una señal afirmativa con la cabeza, porque no conocieran en su acento la rabia de que estaba dominado, y buscaba en su mente, fecunda en recursos infernales, la manera de poner en ridículo ante aquel público, al que entonces era el objeto de las alabanzas de todos.

Clotilde estaba contentísima al escuchar las palabras pronunciadas por su protector en elogio de la persona por quien latia su amoroso corazon.

La hermosa Inés la contemplaba con el placer que una madre vé la alegría de la hija de sus entrañas.

Nuñez y los demas ginetes colearon tam-

(1) Viejo: en México se acostumbra llamar grande al que es anciano.

bien con muy buen éxito, y alcanzaron bravos y palmadas en justo premio de su reconocido mérito.

A la difícil suerte de colear siguió la de lazar, que es una de las mas útiles, elegantes y airosas, que pueden ejecutarse á caballo, consistiendo en coger al toro, ó á cualquier otro animal que huye, del pescuezo, de un pié, ó de la parte que el lazador desea, arrojando sobre él una reata que, describiendo un círculo en el aire, va á caer en el punto determinado. Conseguido esto, el lazador amarra prontamente el extremo contrario de la reata, que es de diez á once varas, en la cabeza de la silla, detiene á su caballo, que abre los cuatro piés para resistir el empuje del animal que va corriendo, el cual, al sentirse estirado, pierde el equilibrio, y cae á tierra en el instante.

Clotilde que, con tanta repugnancia habia salido de la capital porque en ella dejaba al objeto de su amor, bendecia en aquel momento su obediencia, que le proporcionaba una dicha que jamás de otra manera hubiera disfrutado.

Su salud, que tan sérios temores infundia, parecia reanimada, como se reaniman las plantas cuando levantándose la oscura niebla como un gran velo que las cubre, contemplan la brillante luz del vivificante sol que, como la antorcha del mundo baña con sus fulgentes rayos la inmensa redondez de la tierra.

Cierto es que Leopoldo por un exceso de recomendable delicadeza, y por no despertar la malicia de los concurrentes, evitaba, cuanto le era posible, dirigir la vista al paleo en que se hallaba el imán de su alma; pero Clotilde comprendia todo el sacrificio, toda la abnegacion, toda la prudencia de su amante, y traducia como una prueba marcada de verdadero amor, lo que para otro menos conocedor del corazon humano hubiera argüido indiferencia y despego.

A Clotilde le bastaba ver que por ella sola, por seguirle únicamente, habia robado Leopoldo aquellos preciosos instantes, aquel delicioso dia, al cariño de su anciana madre, de cuyo lado jamás se separaba.

Cierto es que Leopoldo no se lo había comunicado verbalmente; pero, ¿qué necesidad tenía de esta declaración, cuando se lo estaba diciendo á todos instantes el pañuelo azul y caña recibido de su mano al saltar del bote, y el blanco y verde que en aquel momento le servía de graciosa corbata?

¿No le pedía en los colores del primero, que se acordase de él, que no le olvidase nunca, y no le juraba en el segundo que estuviere segura de su amor?

Sí; la hermosa jóven veía todo aquello, y se consideraba la mas feliz de las mujeres.

Ademas, el ramo de caléndulas que en el lenguaje floral indica la hora décima, y la yerba anagalida que expresa *cita*, le confirmaban en la seguridad del cariño de su amante.

Anhelaba tener con ella una entrevista; y esto argüía de una manera inequívoca en favor de la intensa pasión de su idolatrado objeto.

Por su parte Leopoldo, encerrado en los

límites de la prudencia y del disimulo para con los profanos al idioma simbólico, se contentaba con dirigir disimuladamente, y de vez en cuando, la vista á los colores que vestía la prenda de su amor, y los depositaba en su imaginacion para leer en ellos los bellísimos conceptos amorosos que entrañaban.

Para ¿qué exponerla á que los que con ella estaban la mortificasen sorprendiendo alguna mirada, cuando en su vestido punzó le decía dulcemente, *os amo mas que á mi vida?* ¿Para qué despertar mas los zelos de Duval, dirijiéndola apasionadas miradas, cuando la cinta azul celeste, prendida en el peinado, le aseguraba que ella tambien le amaba? ¿Para qué fijar la vista en su concurrido palco, de donde estaba persuadido que los ojos de todos estaban pendientes de sus mas leves movimientos, cuando las plumas azules y doradas del parlante abanico de su amada le decían, *sed constante y seré vuestra?* ¿Y para qué, en fin, aproximarse en demanda de una sonrisa, de una demostracion amorosa que la sonrojase, cuando la

brillante esmeralda que brillaba en su tur-  
gente seno envolvía este dulcísimo concep-  
to, *correspondo á vuestro amor; tened esperan-  
za en la felicidad conyugal?*

Leopoldo y Clotilde no se parecían en  
nada al vulgo de los amantes que desvir-  
túan el espiritualismo del amor, de esa ins-  
piración divina, de ese sentimiento cele-  
stial, á fuerza de presentarlo desnudo y des-  
envuelto á los ojos de todo el mundo, des-  
truyendo el virginal pudor de la mujer, que  
es para una jóven lo que el fragante aroma  
es para las bellas y nacientes flores.

El verdadero amor es una virtud de di-  
vinal esencia, y la virtud siempre es respe-  
tuosa, modesta, prudente y reservada.

Las flores son, valiéndome de las pala-  
bras de un escritor, la encantadora risa de  
la naturaleza en su mayor alegría, las per-  
las y diamantes de su rico tocado, y sus per-  
fumes, el aliento embalsamado que exhala  
para esparcir la vida y arrebatar á la muer-  
te su presa.

¿Qué intérpretes, pues, mas dignos, mas  
tiernos, mas expresivos de los dulces senti-

mientos del alma, del dulce afecto del amor  
puro y casto, que esas hechiceras y perfu-  
madas flores que no permiten que la mano  
del hombre toque sus lucientes pétalos, sin  
que se marchiten y se mueran?

A las flores siguen los colores, lenguaje  
celestial con que el cielo habla á la tierra  
en su arco-íris, de su amor hácia el hom-  
bre, de su misericordia y de su bondad.

Este medio tan cautivador y poderoso co-  
mo el de las flores para comunicar los sen-  
timientos del corazón, no debe profanarse  
con afectos bastardos.

Solo al amor puro, al amor espiritual,  
grande y casto, le corresponde ese lenguaje  
sublime, delicado y misterioso, con el cual  
los amantes pueden comprenderse sin pre-  
sentarse á la vista de imprudentes testigos.

De las unas y de los otros se valían nues-  
tros dos jóvenes para expresar sus tiernos  
sentimientos con la delicadeza, reserva y  
espiritualismo que reclama ese afecto ce-  
lestial, emanación y destello purísimo que  
no se debe confundir jamás con la pasión

egoista y material que inflama el pecho de los que aspiran á los deleites sensuales.

Las flores, las plantas, las piedras y los colores, eran el gran libro de la naturaleza, la poesía natural de mística rima que les brindaba todos sus tesoros, todas sus melodías, todas sus bellezas misterios, para expresar las mas delicadas imágenes, los mas tiernos pensamientos, y las comparaciones mas graciosas y lisonjeras.

—¿Estás contenta, Clotilde?

La dijo Inés tomándola una mano y estrechándosela cariñosamente entre las suyas.

—¿Cómo no lo he de estar, madre mia?— exclamó la jóven mirándola con filial ternura, y dejando ver en sus ojos las lágrimas que le arrancaba el exceso del placer:— ¿cómo no lo he de estar, cuando el cielo me concede cuanto bien puedo apetecer sobre la tierra? El ambiente que aquí respiro me parece blando, dulce y perfumado, como el que aspiré en la primavera de mi amor.... La atmósfera la contemplo risueña, brillante y trasparente, como la que cruzan los alados querubines.... Los objetos que me

rodean los encuentro llenos de vida, de animacion, de alegría, envueltos en una nube de esperanza y de felicidad, que deleita, embriaga y adormece.... ¿No los encuentra vd. revestidos, madre mia, de los mismos atractivos?

—Sí;—contestó Inés con acento de la mas honda ternura y acariciando la mano de la jóven:—todo me sonrie cuando te veo contenta. ¿No eres tú el único sér que me resta en el mundo para amar?

Y á los ojos de la hermosa asomó una lágrima arrancada por los recuerdos ocultos en su pecho, como brota sus encerradas linfas la abundante fuente cuando se le toca la llave que las detiene.

—No se ponga vd. triste, madre mia:— dijo la jóven comprendiendo lo que pasaba en el corazon de su protectora.—No se ponga vd. triste, porque entonces me hará vd. perder la alegría que por tanto tiempo parecia haberme abandonado.

—¿Tienes razon! ¿A qué pensar en lo que puede afligirnos, cuando no nos es dado aplicar el remedio? Sí, hablemos de otra

cosa; del que esta mañana venia en la ca-  
noa fraginera dando voces á los remeros  
para pasar nuestro bote del desgraciado  
esposo de Elisa, que desde que empezó la  
funcion, ha estado quieto y meditabundo  
sin moverse de un sitio.

—¿Don Diego?

—Sí.

—¿Y dónde está?

—Míralo, de pié, en el palco que se ha-  
lla á la derecha del toril.

Clotilde dirigió la vista hácia el sitio que  
le indicaba Inés, y contestó:

—Es cierto. Pero ahora le veo triste y  
meditabundo, sin distraerse con el gentío  
ni con los objetos que se presentan á la  
vista.

—Es que su imaginacion estará fija en  
la idea que causa su locura.

—¿En el juego?

—Así lo creo.

—¿Y es esta la poblacion á donde me di-  
jo vd. que le habia traído un amigo, con  
objeto de que se distrajera y recobrase el  
juicio?

—Sí, Clotilde.

—¿Y lo habrá recobrado?

—Al llegar esta mañana, mi primer cui-  
dado fué informarme del estado que guarda  
su salud.

—¿Y qué le dijeron á vd?

—Que generalmente habla con cordura  
y moderacion, cual si completamente se  
hallase en su cabal juicio; pero que hay  
momentos en que se pone furioso, y huye  
á los sitios mas retirados, hablando de juego  
y de ganancias.

—¡Pobre Elisa!

La salida de un toro bien formado y suel-  
to, y las voces de la gente que gritaba  
“¿que lo monten, que lo monten!” cortó el  
diálogo en que estaban entretenidas.

Para obsequiar los deseos de la multitud,  
dos lazadores, remolineando en el aire sus  
reatas, partieron tras del toro.

Eran Nuñez y otro elegante jóven de la  
poblacion.

Nuñez despidió su lazo que sujetó á la  
fiera por las astas: el otro entonces hizo  
el molinete de lado para lazar al toro de

los piés, lo que se llama *apialar*, y la fiera, no pudiendo sostenerse, cayó al suelo en el instante.

Entonces se acercaron á ella los de á pié, y le colocaron una ancha faja para ver quién queria montarle.

—Que le monte D. Leopoldo.

Gritó con todos sus pulmones el entusiasta Pablo.

—Sí, sí, que le monte él.

Añadieron los que se hallaban en el mismo palco.

La multitud admitió la idea repitiendo igual cosa.

Leopoldo, sin esperar á mas, y despues de dirigir una tierna mirada á la hermosa Clotilde, desmontó de su caballo, se acercó al toro, hizo que los lazadores aflojasen un poco sus lazos para que la fiera pudiera arrodillarse; montó entonces en ella, y libre á poco el toro de las reatas que le sujetaban, empezó á dar bramidos y saltos terribles para arrojar al suelo la carga extraña que sentia.

Pero Leopoldo era un ginete de primer orden, y los esfuerzos del toro eran inútiles.

Clotilde se puso pálida como un difunto.

El público se deshacia en aplausos.

—¡Qué bien se agarra con las piernas el *jijo* de la dicha!—Dijo Pablo á sus compañeros.—Ya no se lo *chispa* el toro.

—Y le echa *guasca* (1):—Contestó uno.

—De *al tiro* es *desengañado* el *güerito*.

Duval, ardiendo en ira, envidia y celos, pero fingiendo admiracion y deseo de juzgar de cerca, se aproximó á una ligera tabla que servia de antepecho al palco; y cuando vió que el toro, sin poder sacudir al ginete, se acercaba al sitio que ocupaba, preparó el baston con disimulo, con objeto de picar á la fiera, para que haciendo un movimiento inesperado y extraño, arrojase al suelo á Leopoldo, y lo destrozase con sus astas.

Todo se presentaba perfectamente para la realizacion de su inhumano plan.

El infierno parecia que se habia propuesto favorecerle.

(1) Le pega, le acosa.

La terrible fiera, bramando de rabia y arrojando espuma por boca y narices, se detuvo delante del palco de Clotilde, cuyo corazon latia asustado dentro del pecho.

Duval entonces preparó el baston, á cuya punta habia amarrado, con disimulo, una lancetita que le suministró el doctor: dió el terrible golpe sobre el animal; pero al esfuerzo que hizo, la tabla de antepecho que estaba floja, se desprendió de su lugar, y fué á dar á los piés del toro, llevándose consigo á Duval, que cayó de cabeza.

El toro, cuya ira era terrible, al ver un cuerpo delante de sus ojos, se arrojó sobre él furioso para herirle, le cogió en sus astas, y le arrojó en el aire.

Un grito de horror se escuchó en la plaza.

—¡Le ha matado!

Exclamaron varios á la vez.

El cuerpo volvió á caer cerca de la fiera que se dispuso á acometerle de nuevo para destrozarle; pero Leopoldo, desmontándose de un salto, se puso delante, agitando

un pañuelo para llamar la atencion del toro.

Este, que se vió libre del peso que le abrumaba, y que parecia conocer al que le habia dominado, le acometió con furia corriendo detras de él para vengarse.

Pero el jóven artista, burlando con una vuelta la ira del temible animal, subió de un salto á la barrera en medio de los aplausos que el público prodigaba á su valor, á su destreza y á su generosidad.

Entre tanto dos de los ginetes que se habian bajado de sus caballos, sacaban á Duval de la plaza.

Don Emilio y el doctor corrieron á su encuentro, pálidos y afanosos.

¿Habia muerto?